

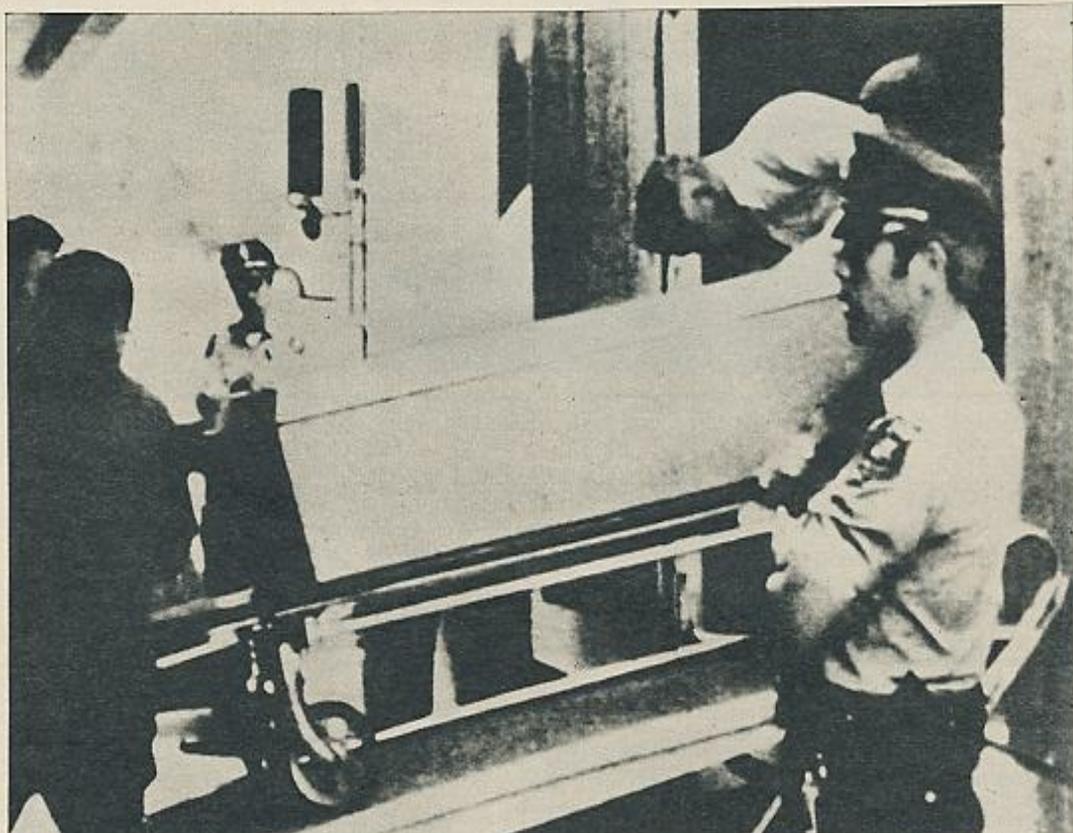
23 mejicanos asesinados en california

LOS CHICANOS

La opinión mundial se ha visto sacudida por el hallazgo de veintitrés cadáveres (y consta que existen otros muchos por desenterrar) en el «Cementerio de los Ciruelos», cercano a la localidad de Yuba City (14.000 habitantes), en el Estado de California.

El increíble hecho de que un asesinato de esta magnitud haya podido pasar inadvertido en pleno siglo XX se trata de explicar con una palabra: «faceless», sin rostro. Nadie les echó de menos al desaparecer porque carecían de personalidad, «de rostro», al menos, social. Gente sin casa ni familia, rebotada, explotada, vagando en busca de un trabajo eventual mal retribuido. Nadie sabe dónde viven, ni a dónde van.

Por lo que resulta monstruosamente normal que nadie sepa cómo han muerto (quién los ha matado). Hay un detenido, acusado por el momento de diez de estas muertes, Juan Corona, contratista de origen mejicano, que se ocupaba de suministrar braceros «chicanos» a los propietarios de los frutales californianos donde maduran «las uvas de la ira». Sobre la información que la prensa ofrece estos días, sobre el hecho concreto de estos asesinatos en masa, TRIUNFO trata de penetrar en el mundo, los móviles y las aspiraciones de esta gente, los hombres «sin rostro», de la que forman parte importante los chicanos.■



La pequeña cámara mortuoria de Yuba resultaba incapaz de recibir los cadáveres (23 hasta el momento), por lo que hubieron de ser trasladados a Sacramento, situado a cuarenta y cinco millas al sur.

JUAN RAMON DE LA CRUZ

Al principio de la década de los 60, un grupo de idealistas de distintos orígenes y clases se dispuso, coincidiendo con —pero no debido a— la llegada a la Casa Blanca de John Kennedy y sus «wizz kids», a cambiar las hasta entonces sólidas coordenadas socioeconómicas de Estados Unidos.

Los medios de que se valieron fueron distintos, como lo fueron los fines que buscaban. Algunos consiguieron su objetivo, lograron poner en marcha al grupo que les concernía. Este fue el caso del fenómeno «hippy» y de ahí de todo el movimiento de rechazo del «establishment» blanco, por parte de sus propios hijos.

También fue el caso de Martin Luther King y su boicot de los autobuses de Montgomery, Alabama, con todas sus secuelas, desde el movimiento de derechos cívicos hasta Eldridge Cleaver. Y éste fue el caso de César Chávez, un peón californiano de origen mejicano, que ya en 1962 comenzó a sindicalizar a sus hermanos chicanos, tradicionalmente explotados por el terrateniente californiano.

Pese a una dolencia crónica de espina dorsal, César Chávez ha sido durante los últimos siete años el principal inspirador y mantenedor de un boicot de la uva californiana a nivel nacional y de una huelga de los peones ca-

lifornianos. Ambos —boicot y huelga— se han terminado parcialmente, con triunfos que pueden parecer mínimos a quien no conozca el problema de cerca (aumentos de 40 centavos/hora en jornales, por ejemplo), pero que significan un gran paso adelante en la situación económica del chicano californiano, paso que hasta hace poco parecía imposible.

(La palabra «chicano» designa exclusivamente al ciudadano estadounidense de origen mejicano, lo que deja aparte a los otros grupos importantes de norteamericanos de origen hispano: puertorriqueños y cubanos. «Chicano» viene de la corrupción «me-



Los equipos de rescate siguen cavando y sacando cadáveres de la fosa común descubierta en la granja «de los ciruelos», en Yuba City (California).

CESAR CHAVEZ

UN GANDHI PARA CALIFORNIA

chicano», con que los indios pueblos, de Nuevo Méjico, y Papagos, de Sonora, designaron, a partir del siglo XVIII, a los colonos invasores procedentes del Sur de Río Grande.)



Juan Corona, contratista encargado de suministrar mano de obra chicana a los terratenientes californianos, detenido como presunto autor de parte, al menos, de estos asesinatos.

Durante estos últimos diez años, la figura ligeramente encorvada y doliente de César Chávez se ha desplazado incesantemente, primero por todos los caminos de California, llevando a sus hermanos el mensaje de rebeldía que esperaban desde hacía un siglo. Más tarde, cuando su movimiento adquirió un carácter más sólido, por todo el país, acudiendo a toda clase de mítines, predicando con su voz suave a audiencias simpatizantes, desde Los Angeles a Nueva York. A lo largo de los años y de las millas, Chávez ha logrado importantes apoyos. Entre ellos, los del clan Kennedy y de la AFL-CIO, la poderosa central sindical, que ha contribuido con fondos y su organización al mantenimiento de la larga huelga. En las conferencias de Chávez en el Este, a fin de informar al público de su lucha y recaudar fondos para la misma, no es raro ver en primera fila a un miembro de la familia Kennedy, Ethel, cuyo marido fuera un admirador de Chávez o incluso Edward, el senador por Massachusetts.

La lucha de Chávez por organizar y mejorar el nivel de vida de sus conciudadanos de origen mejicano puede compararse —sal-

vando lo odioso de tal procedimiento— con la que Martin Luther King realizara con el pueblo negro, o con la del Mahatma Gandhi en la India británica. Ninguno de los tres movimientos puede ser calificado de peligrosamente revolucionario. Los tres han predicado evangelios pacifistas y han aborrecido la violencia. Los tres representaron en su día la única amenaza elevada en contra de un sólido «establecimiento», y los tres se han visto desbordados —aunque de forma respetuosa— hoy día, por movimientos mucho más radicales, animados por jóvenes que no conocieron —o prefieren olvidar— la miseria del pasado, coléricos ante la lentitud en cumplirse las promesas del futuro.

César Chávez no ha luchado nunca por derrocar el sistema. Su única ambición ha sido conseguir para sus hermanos de clase —que al mismo tiempo lo son de cultura— su parte alcuota del cuerpo de la abundancia, su tajada del pastel. «Incluso pese a la automatización, aún debería haber suficientes trabajos bien pagados para todo el mundo en este país», afirma. Su tesis es simple y suena a algo ya oído: «Si todos nosotros estuviéramos trabajando

por un salario decente, habría mucha más demanda de bienes y servicios, lo que crearía más puestos de trabajo, aumentando así el producto nacional bruto». Como se ve, dentro de la más pura ortodoxia de la sociedad de consumo. En la misma California, otro chicano, David Sánchez, mantiene un lenguaje mucho más incisivo e intranquilizador: «Odio el ideal blanco. Es una enfermedad que conduce a la locura». David es el primer ministro de los Boinas Morenas, los Brown Berets, una organización radical chicana, semejante a los Black Panthers, con sede en Los Angeles.

Para Chávez, todo esto son zumbidos de moscas de verano. El pertenece a una generación que creció en el nomadismo normal del jornalero que se gana el sustento yendo de cosecha en cosecha, de campamento en campamento (ninguno con agua corriente o servicios higiénicos o sanitarios, ninguno con el suficiente espacio vital), que creció en el seno de una familia numerosa para la que el hacinamiento y la promiscuidad eran la única forma de vida. Esto, en uno de los países más grandes del planeta, en el más rico. No es que este modo de vivir haya desaparecido completamente hoy día, pero se va haciendo más raro. Gracias a Chávez y la presión de los huelguistas, mantenida durante siete años, con apoyo de algunas agencias gubernamentales, grupos de derechos cívicos, iglesias batalladoras y centrales sindicales, los potentes núcleos de reacción formados por los terratenientes californianos han cedido algo en algunos terrenos. La brecha está abierta.

La lucha ha sido dura y larga. Y la resistencia solapada creada desde el lejano Washington no ha ayudado en nada. Durante estos últimos años, en que la consigna de «no compre uvas californianas» llegó a arraigar, con cierto éxito, incluso en los poderosos mercados del Este, el Departamento de Defensa —uña y carne con el capital californiano— hizo de Vietnam del Sur el primer país importador de uva californiana. «Si quieres comer uvas, alístate en los "marines"».

Otra poderosa arma en manos del Gobierno federal fue el permitir de manera oficiosa la entrada de todo cuanto «wet back» quisiera ir a trabajar a California. «Wet back» —«espalda mojada»— es el nombre que en Tejas se dio a los mejicanos que solían atravesar a nado el Río Grande, a fin de trabajar ilegalmente en el rico país del Norte. Durante estos últimos seis años, más de medio millón de mejicanos han cruzado así la frontera, esta vez sin necesidad de exponerse a atrapar

LOS CHICANOS

"LA NO VIOLENCIA SIN AC

un resfriado o a ser tiroteados por la policía «gringa», a fin de ocupar los puestos de trabajo dejados libres por sus correligionarios estadounidenses en huelga. Quizá la más dura y amarga de las campañas de Chávez haya sido la destinada a hacer comprender a estos parientes del otro lado de la frontera que debían quedarse en su tierra, con su gran miseria a cuestas, y no venir a actuar de esquirolas a California. De esta campaña de endoctrinamiento, que como se ve ha rebasado la línea fronteriza, surgió el concepto de «la raza», que quizá haya sido decisivo como factor aglutinante y que se ha extendido como reguero de pólvora entre todos los seis millones de hispanoparlantes del Sur y Suroeste del país. En Tejas funciona hoy día un movimiento de «chicano power», bajo el lema «La Raza Unida» «¡Viva mi raza linda!» es el grito obligado con que el representante de la minoría chicana suele cerrar su discurso (en inglés, naturalmente) en las reuniones de protestatarios de las minorías estadounidenses.

Chávez no busca el cambio o la destrucción, sino la participación: «Mientras que no tengamos una probabilidad de participación política, nosotros, los pobres, seguiremos atacando la parte vulnerable del sistema norteamericano, esto es, su estructura económica». No obstante, dirá más tarde: «Pero debe quedar claro que, una vez que tengamos un poder económico sustancial y el poder político que lo acompaña..., seguiremos adelante, a fin de efectuar cambios aún más fundamentales en esta sociedad».

■ J. R. DE LA C.

PPRIMERO entró «Bolcot», un enorme pastor alemán, que, huraño y desconfiado, se dedicó a vigilarle; detrás de él, Roberto García, nacido en La Laguna, y alimentado, hasta completar 1,90 de estatura y 100 kilos de músculos, en el Sur de este país, e inmediatamente después, más hosco y de pocas migas que «Bolcot», un hombrón al que se conoce por «El Filipino». En medio de los dos, cuyos cuerpos están destinados a recibir la bala que un día pueda dirigirse a él, bajito de estatura, un tanto regordete, trigueño, de cabello negro y lacio, diente con casquillo de oro, pantalón y chamarra de caqui color verde, risueño al mismo tiempo que expectante, apareció César Chávez. Entonces la habitación se pobló de voces, ruidos y pasos agitados. Más que eso: una como corriente eléctrica, que seguramente trajo él, nos fue transmitida de inmediato. César Chávez...

«¿César Chávez? —dijo el 19 de diciembre pasado Coretta King, la viuda de Martin Luther, en la cárcel de Salinas—... ¡Ah, me recuerda exactamente la dedicación y las convicciones de mi esposo! Debemos estar con



Campeños chicanos de Valle Imperial.

C. BARRIOS MARTINEZ

él, ayudarle en todo lo posible hasta lograr la victoria de los campesinos...».

«¿César Chávez? —dijo Ethel Kennedy, la viuda de Bob, el 6 de diciembre pasado en la misma cárcel de Salinas—... Le traigo el afectuoso saludo de toda la familia Kennedy, que ruega por su salud y por su libertad. Todos admiramos su determinación de no levantar el boicot en contra de los productores de lechuga. Su conducta despierta nuestra más viva simpatía...».

«César —dijo el propio Bob, un 10 de marzo de 1967 en Delano, frente a la imagen consumida, ya en franca agonia del líder en ayuno—... La vida de este es necesaria para millones de personas. No tiene usted derecho a disponer de ella». Y el líder, que ya había entrado en su veinticincoavo día de ayuno para hacer un llamamiento a la unidad de las minorías explotadas de los Estados Unidos, suspendió su dramática determinación. Compartió con Bob su primer alimento. Meses después caería Bob, como habían caído John y Martin Luther y todas las figuras estelares de una gran nación, que, enloquecida, se obstina en desgarrarse las entrañas.

«¿Sabe usted? Bob era un hombre de convicciones muy arraigadas, tenía ira, sobre todo; por eso se le temía más que a su propio hermano John. Algún día conoceremos el fondo de esta historia triste, muchísimo, muy triste, de su asesinato...».

«Y usted, señor Chávez, ¿a dónde piensa llegar?»

«Es difícil decir algo sin hacerlo.

Cuando uno se entrega a una causa no lo hace a pedazos o con condiciones. Todo lo que puedo decir es que estoy entregado incondicionalmente a esta causa, en la que llevo empleados veintitrés años.

«¿No teme por su vida?»

«Le diré: anda uno tan ocupado todo el tiempo de un lado para otro, comiendo y durmiendo donde fuere, que no tiene un tiempo de pensar en los riesgos que efectivamente hay. Desde luego, no es bueno morir antes de tiempo; hay personas que se mueren pensando en los riesgos que deben afrontar.

«En cuanto a su familia...»

«Nunca ha sabido más que de pobreza. Mi esposa, Elena, hija de un revolucionario villista de Gómez Palacio, y nuestros ocho hijos, tres de ellos hombres, casi siempre hemos vivido de ayudas y donativos, así que no les extraña nada lo que ocurre. El mayor de mis hijos, Fernando, ha rehusado el servicio militar, y el quince de marzo debe presentarse en la Corte Federal de Fresno, de donde seguramente irá a la cárcel, porque no tiene defensa ni la ha solicitado. El está, como todos nosotros, en contra de cualquier acto de violencia, sobre todo en contra de esa injusta guerra de Vietnam.

«¿Le parece injusta?»

«¿Cómo de que no! ¡Por muchos motivos! No creo que nunca haya habido una guerra justa, un conflicto que no haya podido resolverse pacíficamente, pero en este caso, si un país quiere esco-

ger su propio Gobierno y su estilo de vida nadie debe imponerle lo contrario, y esa matanza indiscriminada de Vietnam es algo que pesa mucho sobre nuestra conciencia. Eso y la discriminación racial son las vergüenzas más grandes de los Estados Unidos. Lo otro es la explotación que sufren nuestras minorías, particularmente las de ascendencia mexicana.

«Tengo entendido que es usted un ferviente admirador de Gandhi.

«Mucho. Su filosofía, su conducta frente a la violencia, su fe inquebrantable en la liberación de su pueblo, han sido fuentes de enseñanza para mí. Otro tanto he tomado del ejemplo universal del reverendo Martin Luther King, pero, mire, mucho de lo que hacemos, de la forma en que lo hacemos, viene de la Historia y de la cultura mexicanas. Por ejemplo, cuando se organiza una gran marcha, una caravana como la de Delano a Sacramento en mil novecientos sesenta y seis, no es nada nuevo para nosotros, porque forma parte de las tradiciones mexicanas. Las peregrinaciones, las colectas, las ayudas, los cantos y las oraciones son algo nuevo en este país, mas no para nosotros.

«En algunas oficinas de la Unión he visto imágenes de la Virgen de Guadalupe, y hasta algunos extraños santos con la carabina al hombro, ¿usted fomenta la religiosidad en dirección del interés social de su causa?»

«Personalmente, yo no promuevo las creencias religiosas de nuestros compañeros, simplemente las respeto. Usted habrá visto también imágenes del cura Hidalgo, de Morelos, del «Che» Guevara, o sea, cada quien es libre de expresar su admiración por quien le guste, y ¿sabe usted, compañero Barrios? la gente cuando está en apuros reza más...».

«¿Usted es católico?»

«Sí. Pienso que Cristo fue un gran revolucionario, tanto que sus ideales no han podido ser cumplidos totalmente por la Iglesia. No soy católico perseguido, eso no; ser cristiano es algo más que ir a misa y recibir los sacramentos...».

«Además de Gandhi, ¿por quién siente usted especial admiración?»

«Admiro a San Francisco de Asís, al general Emiliano Zapata, al doctor King, al general Cárdenas...».

«¿Cómo entiende usted la no violencia?»

«Como la fe inquebrantable en lo que estamos haciendo y nuestra determinación para hacerlo —la no violencia sin acción no cuenta—, venga lo que venga: represalias, agresiones físicas, calumnias, leyes injustas.

«¿Se refiere usted a actuar por encima de la Ley?»

«Si la Ley es injusta nosotros debemos quebrarla, porque las leyes injustas esclavizan al hombre, no fueron hechas para el beneficio de él, sino para su sufrimiento.

«¿Cómo, pues, cambiarlas sin recurrir a la violencia?»

«Con inteligencia, con organización, con unidad de los que resultan víctimas de ellas y con una gran

César Chávez,
líder de los chicanos.



CIÓN NO CUENTA"

capacidad de sufrimiento. Yo estoy convencido de que el acto más verdadero de hombría es el de sacrificarse por la justicia. Ser hombre es saber sufrir por nuestros semejantes. Ojalá Dios nos ayude a todos a ser hombres.

—¿Qué es usted, un izquierdista, un reformador?

—Cualquier cosa menos una etiqueta. Me repugnan las etiquetas. Que los propios actos de los hombres sean quienes les definan.

Jessica, que es secretaria de la Oficina General del Boicot en el Valle Imperial, a la vez que ama de casa, redactora y activista laboral, se ha llevado a medio mundo rumbo a la cocina. Sólo hemos quedado sobre las paredes un retrato de Zapata y envases de productos agrícolas que ya ostentan las siglas U.F.W.O.C. (Comité Organizador Unido de los Trabajadores Campesinos A.F.L.-C.I.O.); más abajo, scodados sobre una mesa atiborrada de papeles, distintivos y volantes, César Chávez y este reportero; a nuestros pies, aparentemente distraído, el gran «Boicot». De cuando en cuando, el teléfono interrumpe la entrevista, primera que el líder concede a un latinoamericano. Una llamada que dura treinta y cinco minutos resulta ser una entrevista telefónica para un diario de Sacramento; otra, una invitación de los trabajadores de la industria automotriz para sustentar una charla en Detroit; una más, para invitarlo a una estación televisora de Los Angeles.

—Disculpe, nada más atiendo esta llamada.

No importa. He viajado tres mil kilómetros dentro de la Unión americana, de San Diego a Salinas, a Delano, a Caléxico y El Centro, durmiendo a bordo de los Greyhound, empujado en cazar a un hombre escurridizo que se acuesta en un sitio y amanece en otro, que hace uno o dos alimentos a bordo de su auto y que, lesionado de la espina dorsal, con su silla especial a cuestas, le ha pisado un dolorosísimo callo al Tío Samuel. Acepto incluso la bolsa de dormir que me ofrece, y, al filo de la madrugada, busco acomodo entre media docena de colaboradores y ayudantes, que yacen diseminados por el piso. No importa.

UNA VOCACION BIEN DEFINIDA

Hijo de un matrimonio de campesinos chihuahuenses emigrados a Arizona (Estados Unidos) desde principios de siglo, César nació en Yuma hace cuarenta y tres años, logrando cursar ocho años de educación primaria en 38 escuelas diferentes de los Estados de Arizona y California, un mes acá, dos allá, él siguiendo a sus padres y éstos al calendario de cosechas agrícolas. Conoció las peores formas de discriminación racial desde pequeño: a los nueve años recuerda que se le echó de una lonchería de Brawley; a los once, tuvo que presenciar cómo corrían a su padre

de un figón, adonde había ido en solicitud de café para su madre enferma; a los diecisiete, fortuitamente se inició en la práctica de la resistencia pacífica: acusado de ocupar una zona de butacas de un cinematógrafo destinadas a la población blanca, fue llevado en vilo a la cárcel de Delano, de la que salió —previa multa de 25 dólares— para ganar un juicio en la Corte del condado de Los Angeles.

—Tenía coraje, sentía ira por esta situación, pero no sabía aún qué hacer con mi coraje. Posiblemente, mi primera rebeldía social ocurrió en un rancho de Corcoran, California, cuando tenía dieciocho años, un ingreso en la Marina y un pobre salario como picador de algodón. El capataz había arrojado violentamente a un viejecito mexicano porque, según él, su algodón tenía mucha cascarilla. Yo protesté y también me pusieron en la calle; entonces convencí a mis compañeros para que abandonaran el trabajo, aunque ellos más tarde desistieron de la huelga y me abandonaron a mi suerte. Desde entonces he perdido mil batallas, pero he ganado algunas. Esto apenas es el comienzo.

En 1952, César ingresó a la C.S.O. (Organización de Servicios a la Comunidad), trabajando en programas de auxilio para la población de ascendencia mexicana, de la que llegó a ser director en 1959. Tres años más tarde, en 1962, se separó de esta organización para dedicarse de lleno a luchar por los trabajadores del campo. El 16 de septiembre de ese año (premeditada o coincidentemente, todos los actos trascendentales en la vida de este hombre se inician o culminan un 16 de septiembre), César y 220 seguidores crearon la Asociación Nacional de Trabajadores Campesinos, de la que dos semanas más tarde, como resultado de las agresiones físicas y de las represalias de los granjeros, sólo quedaban 12 hombres...

—Esos doce, incluida la gran compañera Dolores Huerta, mi hermano Manuel, un primo, un cuñado y un par de compadres, formamos una comunidad de seis familias, y juramos dedicarnos en cuerpo y alma a luchar por los trabajadores de color, fueran norteamericanos, mexicanos o filipinos. Hicimos un fondo con lo poco que teníamos, una cocina común y hasta un periódico, que actualmente se llama «El Malcriado»...

Fueron de choza en choza solicitando apoyo moral de los esclavos y recibiendo lo que la generosidad de éstos acordaba: diez centavos, un peso, una canasta de repollo y, cómo no, una que otra patada en el trasero. Para 1965, cuando la Asociación de Trabajadores Agrícolas del filipino Larry Itliong declaró la huelga a 34 ranchos californianos se encontró con que en Delano ya existía una organización afín a ellos y sólidamente estructurada: ocho días más tarde, el 16 de septiembre, mil doscientos miembros de la N.F.W.A. de César Chávez se unieron a la lucha. Super-

viviente de muchas batallas libradas anteriormente en el área rural, experimentado y con una gran capacidad de organización, Chávez abrió el fuego sobre las poderosas compañías Schenley y Di Giorgio, a base de boicotear sus productos no sólo en la Unión americana, sino en 20 grandes ciudades del mundo. Su habilidad táctica y su determinación a prueba de infortunios pronto se hizo sentir: los trabajadores portuarios de San Francisco rehusaron romper los cordones de huelguistas de la Unión; de todo el país empezó a llegar un alud de donativos; la poderosa A.F.L.-C.I.O., con quince millones de afiliados, se inclinó del lado del inquieto mexicano; los trabajadores de la industria automotriz acordaron cinco mil dólares mensuales de auxilio a los huelguistas y el Concilio de Iglesias de California se solidarizó moral y materialmente con ellos. Siete meses después, en marzo de 1966, César organizó la histórica marcha de Delano a Sacramento, a lo largo de 800 kilómetros. Durante ella un cura norteamericano hizo el intento de arrebatarles una imagen guadalupana que abría la marcha.

—¡Dame esa imagen —vociferó—, ustedes sólo son unos cochinos comunistas y sacrilegos! ¡Unos mexicanos bandidos y grasientos!

—No le doy nada, padre —contestó, imperturbable, el abanderado de la Unión—. Ni siquiera un fregadizo (un puñetazo), porque nuestro líder nos tiene prohibida la violencia, pero sépase que la Virgen de Guadalupe es más mexicana que católica, ¡así que lárquese!

Llegaron a Sacramento, después de veinticinco días de marcha, más de diez mil huelguistas y simpatizantes, y la altiva Schenley ya no resistió más: el 21 de junio firmó los primeros contratos colectivos con las Uniones de Chávez y de Itliong, de cuya fusión, dos meses más tarde, nació la actual U.F.W.O.C. (Comité Organizador Unido de los Trabajadores Campesinos), que dirige César Chávez.

Roto el espinazo de la Schenley, los sucesos se desencadenaron espectacularmente. Entró al aro la poderosa Di Giorgio, y los intocables sindicatos blancos de James Hoffa (Teamsters) fueron aplastados. Más tarde, seis grandes empresas vitivinícolas de California firmaron contratos con la Unión, y otras dos, propiedad de órdenes religiosas, reconocieron espontáneamente la personalidad jurídica de ésta. El 29 de julio de 1970 se desfondó la casa: más de 200 productores de uva de mesa se sentaron a la mesa de César Chávez para discutir los contratos laborales de cincuenta mil trabajadores de California y Arizona. Culminó así un movimiento huelguístico que se inició cinco años atrás, el 16 de septiembre de 1965.

Apenas veinticuatro horas después, cuando aún no se había del todo la tinta de estos históricos contratos, diez mil hombres de César se lanza-

ron a una huelga en contra de los grandes productores de lechuga del Valle Imperial, quienes, para impedir la acción emancipadora de la U.F.W.O.C., habían firmado contratos ficticios con los Teamsters. La lucha se entabló en Salinas, California, en donde la Corte Superior del condado de Monterrey declaró que el movimiento está fuera de la Ley.

—El diecisiete contestamos con un llamado nacional al boicot de la lechuga, que no ha tenido todo el efecto previsto, porque los granjeros van a la frontera con México, principalmente a Mexicali, para acarrear «tarjetas verdes», que emplean como esquirolas (rompa-huelgas). Sin embargo, la misma Corte de Monterrey, atendiendo a una queja de la Bud Antle Inc., que tiene oscuras relaciones con la Dow Chemical, productora de napalm para Vietnam y de pesticida para los trabajadores agrícolas de California, declaró que el boicot también era ilegal...

Ilegal o no, que eso está por ventilarse en la Corte Superior de California, César Chávez ingresó a la cárcel del condado el 4 de diciembre pasado, siendo puesto en libertad el 23 del mismo mes. Durante su prisión hubo siempre, las veinticuatro horas del día, una guardia permanente de trabajadores apostados frente al edificio condal. Diez, cien, mil trabajadores, conforme a los turnos de labores, soportaron toda suerte de inclemencias climatológicas y de provocaciones de granjeros, polizontes y agentes de la John Birch para cuidar de su líder en tanto que los cantos y las rogativas se sucedían a todas horas.

—Hoy —concluye el líder— somos más de cien mil trabajadores afiliados a la Unión; tenemos conflictos de huelga con Bud Antle, Mario Shikon, Abatti Farms, Sam Andrews y Varendo Co., y vamos a ganarlos, porque la Historia está de nuestro lado, y nuestra decisión se encuentra por encima de cárceles y represiones físicas. Un día futuro no quedará sobre ningún valle del Sur de los Estados Unidos un solo trabajador desprotegido.

«Viva la causa, César».

«Viva».

El saludo se repite una y otra vez, dondequiera que el líder se detiene para conversar con los puestos de guardia o para entablar discusiones laborales, a la sombra de cualquier árbol, con patrones tercos y capataces abusivos. «Viva la causa, César», «Viva», en lugar de «Buenos días» y del ademán protocolario. Acto seguido, sus ayudantes bajan el sillón especial. «Boicot» se echa a sus pies y se inicia la discusión de todas y cada una de las quejas que los trabajadores le presentan. Los representantes de la empresa le miran fría y respetuosamente, pero se conducen respetuosos. («Lo primero —he oído que César le dice a una tímida muchacha del Comité— es enseñarse a no tenerles miedo a estos bandidos...»). Roberto García, que no se separa un segundo de su espalda, y «El Filipino» otean discretamente. Siguen cualquier movimiento, olfatean el aire. Siempre a la espera de algo que no saben exactamente qué es, pero que ya una vez alteró el curso de la Historia en Selma, Memphis, Dallas, Los Angeles... ■ C. B. M. Fotos del autor